

Colonialismo químico en Colombia y la subversión de sus dominios desde el corregimiento de Gualmatán (Pasto, Nariño)

Chemical colonialism in Colombia and the subversion of its domains from the township of Gualmatán (Pasto, Nariño)

RESUMEN

En este artículo exploro el concepto *colonialismo químico* desarrollado por Larissa Mies Bombardi (2023). Este destaca las violencias que las industrias de agrotóxicos del Atlántico Norte insertan en países del Sur Global como Colombia a partir de la exportación de compuestos que afectan diversas ecologías. Situaré el problema en el corregimiento de Gualmatán (Pasto, Nariño), lugar donde realicé trabajo de campo durante 2023 y donde pude observar el deterioro que agrotóxicos y “plagas” resistentes a ellos generan a los alimentos y a la tierra. Tomaré como ejemplos, dos plagas que actualmente causan preocupación entre los agricultores: la hernia y la punta morada. En la segunda parte, muestro la permanencia de conocimientos andinos y la transición a la agroecología de varias mujeres de Gualmatán a partir de un ejercicio de fabulación especulativa (Haraway, 2019). Para esta composición traigo dos referentes: Turner (1988) con el concepto de liminalidad y Taussig (1993), desde su cuestionamiento al “orden natural del mundo”, en donde, “en nombre de la realidad,

JULIANA USAMÁ FIGUEROA

Estudiante de maestría del Programa de Pos-Graduación en Antropología Social de la Universidad Federal de Rio Grande del Sur (Brasil). Pasto, Colombia. Estudiante de Maestría en Antropología Social. Universidad Federal de Rio Grande del Sur (Brasil). Pasto, Colombia.

✉ julianausamaf@gmail.com

ORCID: 0009-0001-2555-1605

🔗 [Google Scholar](#)

Cómo citar este artículo:

Usamá, J. (2025). Colonialismo químico en Colombia y la subversión de sus dominios desde el corregimiento de Gualmatán (Pasto, Nariño). *Revista de Antropología y Sociología: Virajes*, 27(1), 38-72. <https://doi.org/10.17151/rasv.2025.27.1.3>



el poder ejerce su dominación.” (p. 15). Para subvertir y cuestionar la “realidad” impuesta por las estructuras de poder coloniales —en este caso, químicas— se requiere de esos mundos multi-especie que permiten que la vida tome otros cauces.

Palabras clave: corregimiento de Gualmatán, colonialismo químico, agrotóxicos, plagas, fabulación especulativa.

ABSTRACT

This article explores the concept of chemical colonialism developed by Larissa Mies Bombardi (2023). This concept highlights the violence that the agrochemical industries of the North Atlantic insert in countries of the global south such as Colombia through the export of compounds that deteriorate various ecologies. The problem is located in the township of Gualmatán (Pasto, Nariño), a place where fieldwork was carried out during the year 2023 and where it was possible to observe the deterioration that agrochemicals and “pests” resistant to them generate to food and land. Two pests that are currently causing concern among farmers are considered: hernia and the “purple tip”. In the second part, the permanence of Andean knowledge and the transition to agroecology of several women from Gualmatán are shown through an exercise of speculative fabulation (Haraway, 2019). For this composition two references are taken: Turner (1988) with the concept of liminality and Taussig (1993), from his questioning of the “natural order of the world”, where, “in the name of reality, power exercises its domination” (p. 15). To subvert and question the “reality” imposed by colonial power structures —in this case, chemical—those multi-species worlds that allow life to take other causes are required.

Key words: Gualmatán township, chemical colonialism, agrottoxins, pest, speculative fabulation.

Introducción

A lo largo del año 2023, realicé trabajo de campo en el corregimiento de Gualmatán (Pasto, Nariño, Colombia). Allí, varias personas, principalmente mujeres, acompañaron mi estadía en el territorio. Deseaba caminar y trabajar con ellas para aprender de qué maneras sostienen la vida de Gualmatán, sin dejar de lado las diversas especies vegetales y animales que hacen parte de las casas, huertas, montes y terrenos de cultivo del corregimiento. Así, definí *trabajos de*

sustento como “todas aquellas actividades o labores que las mujeres rurales desarrollan desde diferentes escenarios, bajo diferentes lógicas y junto a diversidad de seres vivos” (Usamá, 2024, p. 20).

Conocí a varias mujeres rurales de Gualmatán en la Plaza de Mercado El Potrerillo de la ciudad de Pasto (Nariño, Colombia). Allí comercializan diferentes hortalizas, tubérculos y algunas plantas medicinales a un público amplio, urbano y rural. Los otros escenarios de encuentro para el diálogo y el trabajo fueron sus casas, huertos, caminos veredales, terrenos de cultivo, montes y cuyeras¹. Estos escenarios dan cuenta de una heterogeneidad de seres vivos humanos y no humanos, de ciclos de vida y muerte, de cuidado y devastación. Por lo anterior, abordé los trabajos de sustento desde las relaciones interespecie que crean espacialidades y temporalidades múltiples en medio de paisajes fragmentados (Tsing, 2021).

Reconocer el trabajo de las mujeres rurales implicó reconocer a los seres vivos que, junto a ellas, contribuyen a la creación de mundos, pues no se puede separar el trabajo de la tierra y los múltiples microorganismos que allí nacen, se reproducen, cooperan o destruyen; no se puede pensar en el alimento familiar o en el abono de las plantas sin los cuyes que son alimento de las familias campesinas y, a su vez, fertilizan la tierra a partir de sus excrementos. Fue en medio de estas relaciones y reflexiones —comprendidas en el caminar del territorio— que propuse una discusión sobre las fricciones entre los montes y los monocultivos. El último capítulo de mi trabajo de grado denominado “¿Lucha entre montes y monocultivos?”, es formulado como una pregunta porque el concepto de lucha recae en el enfrentamiento y la oposición y, por tanto, enfatiza en la separación tajante entre la cultura y la naturaleza, es decir, entre lo humano (comúnmente asociado al monocultivo) y lo no humano (comúnmente asociado a los montes y su biodiversidad). Sin la intención de ensombrecer las crisis ecológicas vividas en el corregimiento, busqué mostrar cómo los pequeños y medianos monocultivos de los campesinos cohabitan con los montes de vegetación diversa que “rodea” el corregimiento, sobre todo, cómo los conocimientos tradicionales de los campesinos y su propia relación con los montes, se entretajan con un modelo más homogéneo de producción como el monocultivo o el minifundio.

Gualmatán se encuentra al occidente del municipio de Pasto. Su altitud —dependiendo de la zona— está entre 2500 y 4200 msnm y colinda con el Santuario de Flora y Fauna Galeras, un área protegida por Parques Nacionales Naturales de Colombia. El nombre del Santuario hace

¹ Lugar donde se crían cuyes (*Cavia porcellus*) para la comercialización y el consumo familiar.

alusión al volcán Galeras, ente activo que custodia el actual municipio de Pasto desde tiempos inmemoriales. Cuando los primeros colonos españoles llegaron al territorio lo compararon con *las galeras*, un tipo de barco con el que navegaban por el Mediterráneo, no obstante, los indígenas quillacingas ya le habían dado un nombre reconocido hasta el día de hoy: Urcunina —Montaña de Fuego— (Servicio Geológico Colombiano, 2024). El pueblo Quillacinga habita la zona centro y nororiental de la Cordillera de los Andes, en el departamento de Nariño, y se ha ubicado ampliamente en el municipio de Pasto. Por su parte, la comunidad de los Pastos se ubica en la frontera establecida entre el sur de Colombia y el norte del Ecuador. Muchas prácticas agrícolas, alimentarias, artesanales, festivas y cosmológicas de los campesinos del corregimiento de Gualmatán y de otros corregimientos de la ciudad de Pasto están asociadas a las prácticas heredadas por Quillacingas y Pastos. Gualmatán, ubicado en territorio Quillacinga, guarda una conexión con la comunidad Pasto porque, según el historiador Enrique Herrera Enríquez:

(...) el hecho de encontrar poblados (...) como Puerres, Males, Canchala, Chapal, Tescual y Gualmatán cuyos nombres pertenecen a la etnia de indígenas Pastos en una región de etnia Quillacinga, tiene su explicación en razón al desplazamiento forzado que hizo la colonización Inca en su avanzada expansionista hacia el norte del imperio. (Maigual, 2017, p. 13)

Lo anterior da pistas sobre el desplazamiento de comunidades Pasto hacia el norte del actual departamento de Nariño —zona Quillacinga— durante el siglo XV. La llegada de los incas al actual territorio de Gualmatán también encuentra justificativa en la existencia de los caminos del Qhapaq Ñan dentro del corregimiento. Doña Inés Maigual, agricultora de Gualmatán y madre de mi amigo Camilo Maigual, cuenta a través del podcast “Qhapaq Ñan: voces e imágenes de un camino ancestral” que “El camino nace desde la ciudad de Pasto subiendo por el barrio Agualongo y la cabecera corregimental de Obonuco, coge Gualmatán, [la vereda] Nueva Betania y sigue así sucesivamente hasta llegar a Yacuanquer, hasta Ipiales y Ecuador” (Semilla Sur, 2023).

Otros hallazgos históricos afirman que los primeros ocupantes del actual corregimiento de Gualmatán fueron familias que emigraron desde el municipio de Gualmatán, ubicado al sur del departamento de Nariño, actualmente habitado por mestizos, campesinos y comunidades indígenas Pasto. Esta versión relata que, en 1586, el señor Alonso Carrillo ocupó

aquellas tierras junto a Valentín Maigual, Valerio Maigual y Alejo Maigual, hombres que “emigraron con sus familias del sur del departamento, específicamente del hoy municipio de Gualmatán, de donde posiblemente derive su nombre” (Romo y Montilla, 2001, como se citó en Maigual, 2017, p. 14). Por su parte, el nombre del corregimiento viene de dos vocablos de los Pastos, *Guale*: fuente grande o abundante, y *Matan*: montaña espesa, es decir, “lugar o extensión donde el manantial cruza por la montaña espesa”. Los escritos del padre Arístides Gutiérrez dicen que este nombre viene del gran cacique Guatán o Golmatán, “jefe máximo de las tribus que en esta región habitaban y quien fue muerto en la conquista de Belalcázar” (Alcaldía Municipal de Gualmatán - Nariño, 2018). La acepción del nombre del corregimiento es la misma que se le ha dado a la del municipio, a 73 km al sur de Pasto, dando cuenta de la unión entre dos territorios relativamente lejanos dentro del departamento de Nariño.

En consecuencia, existe una estrecha relación entre el corregimiento y el municipio de Gualmatán. Tal relación está permeada por migraciones cargadas de experiencias y conocimientos que han entrelazado las cosmologías de los pueblos indígenas persistentes en ambos lugares a través del tiempo. Por otro lado, aunque el corregimiento de Gualmatán es habitado en su mayoría por comunidades campesinas, preserva una conexión con los indígenas (pastos y quillacingas) a partir del arraigo hacia algunas prácticas agrícolas, alimentarias y rituales heredadas; además, la categoría “campesino” no es rígida o estable, posee múltiples definiciones de acuerdo a contextos históricos, geográficos, políticos, étnicos y de otra índole que permiten pensar en la conformación de comunidades rurales desde procesos relacionales múltiples. A partir de lo anterior se puede pensar que las familias del corregimiento de Gualmatán, lejos de ser un grupo de personas homogéneo y aislado del sistema actual —sea el Estado, sean empresas privadas e industrias, sean grupos específicos de personas— han conseguido mixturar los distintos modos de ser y de pensar que caracterizan a una humanidad cambiante y diversa.

Me centro en la sustitución de cultivos tradicionales —trabajados por indígenas y campesinos de Nariño a lo largo de su historia— por nuevas modalidades de cultivo que ingresan en la vida de las personas de manera profunda: a través de sus relaciones con la comunidad y sus formas de concebir el mundo. El monocultivo se instauró en el seno de las familias indígenas y campesinas por medio de las políticas de Estado que buscaban mayor rendimiento y productividad alimentaria para la nación. La llegada del monocultivo no sólo adaptó una nueva forma de trabajar, también trajo nuevos hábitos, técnicas corporales, concepciones de tiempo y espacio, tecnologías, y, lo que más me interesa desarrollar, un veneno que

se concentra en la tierra, las raíces, las semillas, las plantas y los alimentos que campesinos y ciudadanos consumimos. Lo anterior implica que los agrotóxicos aplicados a los cultivos nos constituyen, y por ello, también hacemos parte de las problemáticas ecológicas de los territorios rurales que nos sustentan.

En este artículo exploro el concepto de *colonialismo químico* abordado de manera amplia por Larissa Mies Bombardi (2023). Este concepto permite abordar las violencias que las industrias de agrotóxicos de la Unión Europea, Estados Unidos y China insertan en países del Sur Global como Colombia a partir de la exportación de compuestos químicos para la elaboración de agrotóxicos y productos químicos terminados que deterioran ecologías diversas. Sitúo el problema en el corregimiento de Gualmatán, en donde es posible ver el deterioro que agrotóxicos aplicados y “plagas” resistentes a ellos generan a los alimentos y a la tierra. Me centro en dos enfermedades que actualmente causan preocupación entre los agricultores: la hernia en las hortalizas y la punta morada en la papa. A partir de las afectaciones directas a la tierra, la vegetación y otros seres humanos y no humanos, veremos que el colonialismo se sigue perpetuando en nuestros tiempos y espacios a través de armas silenciosas que se introducen en cuerpos vegetales y entrañas humanas.

Con la segunda parte de este artículo —y como contraposición al concepto de *colonialismo químico*— muestro la permanencia de varios conocimientos del mundo andino y la transición hacia la agricultura orgánica de varias mujeres del corregimiento de Gualmatán a partir de un ejercicio de escritura ficcional o fabulación especulativa (Haraway, 2019). Uso el concepto de liminalidad (Victor Turner 1988) y el cuestionamiento al “orden natural del mundo”, en donde, “en nombre de la realidad, el poder ejerce su dominación” propuesto por Michael Taussig (1993, p. 15). Subvertir y cuestionar la realidad impuesta por las estructuras de poder coloniales —en este caso, químicas— necesita de esos mundos multiespecíficos que permiten que la vida tome otros cauces. Veo la fabulación especulativa como una herramienta poderosa para narrar esos mundos, dimensiones e interacciones amenazadas por el Antropoceno.

Primera parte: El veneno que nos habita

En Colombia, las etiquetas de frascos y bolsas de fungicidas, insecticidas y herbicidas están marcadas por industrias de agrotóxicos nacionales e internacionales. En 2020, el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural (2020) reportó que aunque algunas compañías del país “realizan una labor de síntesis a baja escala de moléculas como el Propanil, Mancozeb y

2,4 D, los ingredientes activos provienen prácticamente en su totalidad del exterior” (p. 3). Así, la industria local se desarrolla bajo la siguiente lógica:

I) La importación de ingredientes activos para la fabricación de plaguicidas con destino al mercado nacional y para la exportación (cuya actividad se estima que representa el 70% del mercado).

II) La importación directa del producto terminado y listo para su aplicación (corresponde al 30% del mercado). (Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, 2020, p. 3)

En Gualmatán y otros corregimientos, diferentes tipos de químicos comprados por los agricultores se almacenan con las herramientas, la leña, las botas de caucho, el aspersor del “veneno” o “remedio” como es llamado, y otros objetos. Los lugares que sirven de bodega suelen ser espacios de sus casas o estructuras construidas con tablas y latas. También estaban los soberados, segundos pisos de casas campesinas a los que se accedía por medio de una escalera. Hoy en día estos son escasos, son lugares donde reposan objetos tan antiguos como la estructura que los soporta. Los nombres de los agrotóxicos (Abamectina, Paraquat, Ultimátum, Engeo, Crucial, Lorsban y otros) tan complejos como sus composiciones, son memorizados por las personas que se dedican a la agricultura, principalmente a la producción de verduras y papa en Gualmatán. El clima, la altura y las fértiles tierras volcánicas son apropiadas para este tipo de alimentos muy comercializados en la Plaza de Mercado El Potrerillo, el mercado público más grande de la ciudad de Pasto.

¿Qué pueden decir estos agrotóxicos sobre el colonialismo? ¿Qué tienen que ver con aquella época invasiva y violenta en donde hombres europeos desembarcaron en América para extraer y dominar a través de la fuerza y el horror? Larissa Mies Bombardi (2023) trae la definición de *colonialismo químico* para explicar cómo países del Atlántico Norte desataron una más reciente expansión hacia países latinoamericanos a través de las industrias agroquímicas². En su libro *Agrotóxicos y colonialismo químico* expone las asimetrías entre el Norte y el Sur, más específicamente entre las industrias de países de la Unión Europea, China y Estados Unidos y los receptores de su producción en Latinoamérica —particularmente Brasil— y otros países del Sur Global.

El mercado de agrotóxicos en ascenso moviliza cerca de 60 billones de dólares por año, así como, cada año, un millón de personas en

² Algunas de ellas son: Syngenta, Bayer, Basf, Corteva, UPL, MFC (Bombardi, 2023).

todo el mundo se envenenan involuntariamente por contacto con tales sustancias. Ese número es apenas la punta del iceberg de un problema muy profundo que afecta el planeta y la sociedad de modo desigual: las naciones del Sur Global son las más afectadas y, en ellas, niños, mujeres, pueblos indígenas, campesinos y trabajadores rurales son los que más sufren. (Bombardi, 2023, p. 10)

Este tipo de colonialismo se apoya en el sistema político-económico imperante en las sociedades “de pensamiento occidental”, el capitalismo: una gran abstracción, un cuerpo con muchas patas, defendido y odiado en debates académicos, políticos, científicos, tecnócratas y sociales; desde donde se domina y delinea la vida compleja y diversa, a partir de los aparatos de control estatales y privados que se instalan en áreas urbanas y rurales del mundo. En este sentido, el corregimiento de Gualmatán puede ser reflejo de muchas zonas rurales del departamento de Nariño (Colombia), lugares donde se expande el monocultivo y sus formas específicas de tratamiento, y donde se genera una fuerza de oposición o conciliación a partir de prácticas y conocimientos propios (sea agroecológicos o tradicionales).

Este sistema envuelve a Gualmatán y se expresa de formas tangibles: en los aspersores manuales, en los frascos de químicos utilizados, en la expansión de la frontera agrícola y en los tiempos meteorológicos imprevisibles, solo por mencionar algunas. Muchas industrias agravan estos efectos a través de la producción y distribución de compuestos químicos y agroquímicos terminados. Bombardi (2023) retoma el concepto de colonialismo “para describir un movimiento que, tal como en el colonialismo clásico, ha permitido, a través de la violencia, la reproducción del capitalismo moderno de los países del Norte, particularmente de la Unión Europea” (p. 57). Esa reproducción sistemática de capital a través de procesos químicos y biológicos promueve lo que Vandana Shiva (2002) define como los *monocultivos de la mente*.

La expansión de la frontera agrícola denota la constante producción de alimentos homogéneos para el abastecimiento de la población; en ese sentido, la seguridad alimentaria se sobrepone a la soberanía alimentaria de manera conceptual, discursiva y práctica. ¿Dónde queda la soberanía y la autonomía a la hora de alimentarnos? O ¿en quién recae la responsabilidad de mantenerla? Hay que notar que, aunque el monocultivo se expande en el campo, en las tierras de las comunidades campesinas, indígenas y negras, son ellas mismas quienes también defienden la tierra, preservan las semillas nativas y los intercambios alimentarios. Existe una sobreposición a lo que llega “de afuera” trabajando, haciendo con otros.

Crecer bajo la lógica de la seguridad alimentaria puede llevarnos a pensar que no existen otras formas de alimentarnos y de relacionarnos con los alimentos. No cuestionar lo que comemos es parte de la violencia colonial que se ha inyectado en América Latina desde hace siglos, una violencia física y espiritual que arrasa con los ecosistemas e impide relaciones de cooperación entre los seres que habitamos la tierra. En Nariño, el monte se sigue tumbando para arar y sembrar. Los terrenos más cultivados empiezan a ser afectados por enfermedades llamadas “plagas” y, por tal razón, se empiezan a ocupar ecosistemas nunca antes intervenidos por manos humanas, pero sí por vegetaciones y distintas especies animales que establecen unos ciclos de vida y muerte específicos.

No es posible pensar en soberanía alimentaria si los montes se derrumban para la siembra exclusiva de semillas y plántulas genéticamente modificadas y envenenadas. Contrario a lo que podría pensarse, la expansión de la frontera agrícola, es decir, la constante siembra de alimentos específicos en diferentes zonas rurales del país, no asegura la soberanía alimentaria de los territorios, más bien, perpetúa desigualdades sociales y alimentarias entre las comunidades rurales que han adoptado este modelo de producción para su propia subsistencia. En Colombia, el modelo de “Revolución Verde” no solo dejó secuelas entre la tierra y las poblaciones que la habitan y cultivan, sigue calando en las concepciones sobre el trabajo material efectuado por las familias campesinas e implanta una desesperanza hacia las formas tradicionales de cultivo y la agroecología, que bajo esa mirada occidental productivista, no aseguran un alto rendimiento para la comercialización, y porque la tierra está sobre-explotada y no responderá de la misma forma que lo hacía. Estos efectos son lo que Vandana Shiva (2002) denomina como saberes occidentales localizados, que nacen de una “cultura dominadora y colonizadora” (p. 21), reproducida con el paso de las generaciones de mujeres y hombres ricos y pobres, ciudadanos y rurales.

La Revolución Verde (un modelo norteamericano) no es un hecho aislado, fue reforzado por las históricas violencias políticas, económicas y sociales de un país como Colombia, afectado por las disputas territoriales de diferentes sectores: comunidades, instituciones y grupos armados; los desplazamientos forzados, la pérdida de semillas y recetas tradicionales y la implementación de modelos agroindustriales promovidos por el Estado y las empresas privadas que incentivan el uso de insumos químicos, han afectado y modificado las prácticas agrícolas adoptadas por las familias y comunidades de todas las regiones.

Meneses (2022) argumenta que a partir del siglo XX, a través de una coercitiva alianza con países del Atlántico Norte, se introdujo en Colombia una lógica extractivista basada en la provisión de materias primas y la implementación del agronegocio mediante el modelo de Revolución Verde en el campo; estas prácticas político-comerciales se agravaron con “un país en guerra, con presencia de diferentes actores armados, [que] ha condicionado una realidad particular y diferente a todos los países de América Latina, afectando las dimensiones social, económica, productiva, política y cultural” (p. 76).

Al comienzo de este apartado mencioné que, aunque los agro-tóxicos para la producción agrícola provienen de países altamente industrializados, Colombia también cuenta con industrias que proveen a productores rurales y campesinos de todas las regiones. La producción de agrotóxicos en el país comenzó en 1962, a partir de la importación de algunos ingredientes activos mezclados con solventes y coadyuvantes. Meneses (2022) brinda un panorama de algunas de estas industrias:

(...) la empresa Invesa S.A. está ubicada en Medellín, Antioquia (...) Adama Andina B.V. Sucursal Colombia fue formada con capital colombiano y, en 2014, fue comprada por Adama Agricultural Solutions Ltd., de Israel, hoy subsidiaria de la multinacional ChemChina, (...) es necesario aclarar que la mayor parte de los insumos primarios, como ingredientes activos o semillas, son propiedad de las grandes cooperaciones Bayer, ChemChina y Dupont. (p. 80)³

Así, la producción de agrotóxicos y la distribución de semillas genéticamente modificadas en Colombia están directamente relacionadas con empresas multinacionales de países altamente industrializados. Para Bombardi (2023), esta dinámica es la faceta más cruel del *colonialismo químico*, el avance de la agricultura de *commodities* que solo interesa a los grandes terratenientes, *tradings* y corporaciones de agrotóxicos con sede en los países del Norte cuya legislación de agrotóxicos es altamente restrictiva dentro de sus propios países.

Una cadena de procesos de orden institucional —multinacionales, industrias, instituciones de Gobierno, académicos y tecnócratas— hace que el uso de agrotóxicos se introduzca en los sistemas productivos de pequeñas y medianas comunidades que, con el paso del tiempo, hallan en este modelo la forma más rentable para competir en el mercado local y

³ Algunas de las empresas multinacionales con sede en Bogotá son: Arysta Lifescience Colombia S.A., Dow Agrosciences de Colombia S.A. y Bayer Cropscience S.A.

regional. Respecto a esto hay que considerar que, aunque los agrotóxicos son altamente utilizados en grandes extensiones de tierra, dedicadas a la exportación de productos valorados internacionalmente como el café o el aguacate, los pequeños y medianos monocultivos trabajados en una buena parte de las zonas rurales del país —desde donde se producen diversos alimentos que hacen parte de “la canasta familiar”— no escapan a este modelo.

En 2023, el Acto legislativo 01 modificó el Artículo 64 de la Constitución Política de Colombia, el cual se refiere a los *principios fundamentales* (Congreso de Colombia, 2023). Además de mantener los principios ya establecidos⁴, brinda nuevas perspectivas sobre el trabajo campesino y agrícola, pues no solo se remite al potencial económico de esta actividad y al cumplimiento de necesidades y demandas que mejoren la calidad de vida de los campesinos, sino que también reconoce al *campesinado como sujeto de derechos*. El Acto legislativo 01 de 2023, precisa:

Es deber del Estado promover el acceso progresivo a la propiedad de la tierra del campesinado y de los trabajadores agrarios, en forma individual o asociativa. El campesinado es sujeto de derechos y de especial protección, tiene un particular relacionamiento con la tierra basado en la producción de alimentos en garantía de la soberanía alimentaria, sus formas de territorialidad campesina, condiciones geográficas, demográficas, organizativas y culturales que lo distinguen de otros grupos sociales. El Estado reconoce la dimensión económica, social, cultural, política y ambiental del campesinado, así como aquellas que le sean reconocidas y velará por la protección, respeto y garantía de sus derechos individuales y colectivos, con el objetivo de lograr la igualdad material desde un enfoque de género, etario y territorial, el acceso a bienes y derechos como a la educación de calidad con pertinencia, la vivienda, la salud, los servicios públicos domiciliarios, vías terciarias, la tierra, el territorio, un ambiente sano, el acceso e intercambio de semillas, los recursos naturales y la diversidad biológica, el agua, la participación reforzada, la conectividad digital: la mejora de la infraestructura rural, la extensión agropecuaria y empresarial, asistencia técnica y tecnológica para generar valor agregado y medios de comercialización para sus productos. (Congreso de Colombia, 2023)

⁴ “Es deber del Estado promover el acceso progresivo a la propiedad de la tierra de los trabajadores agrarios, en forma individual o asociativa, y a los servicios de educación, salud, vivienda, seguridad social, recreación, crédito, comunicaciones, comercialización de los productos, asistencia técnica y empresarial, con el fin de mejorar el ingreso y calidad de vida de los campesinos” (Constitución Política de Colombia, 2015, p. 23).

El reconocimiento del Estado hacia el campesinado colombiano tiene grandes implicaciones históricas y sociales teniendo en cuenta la lectura que hasta este momento planteo: la de una sociedad rural —sea indígena, campesina o negra— que de manera paulatina, aunque no consumada, ha desconocido saberes, conocimientos y prácticas agrícolas locales para adoptar medidas inculcadas por modelos institucionales que estandarizan el consumo de alimentos a nivel global. En este punto podemos encontrar contradicciones en el nuevo discurso del Estado y las realidades económicas que aún acosan los modos de hacer y vivir de las comunidades rurales. En primer lugar, el clima político de Colombia sigue siendo un escenario polarizado, de muchos desencuentros personales, colectivos e institucionales que no permiten una ejecución eficaz y consensuada de los planes de Gobierno en alianza con las comunidades. En segundo lugar, la ejecución efectiva de las premisas expuestas en el artículo 64 es un proceso que puede llevar décadas, y que necesita de una planeación conjunta, donde las personas que defienden su territorio puedan proponer la forma en la que quieren vivir, e incluso, puedan mostrar las formas en las que ya viven.

En esta apuesta entran comunidades, colectivos, estudiantes, profesores, activistas, artistas, representantes del Estado y todo aquel que desee construir en medio de las diferencias. En un mundo tan herido, es un gran reto generar diálogos y acciones conjuntas y creativas que no solo “tengan en cuenta” las perspectivas, ontologías y cosmologías de los otros, sino que también, puedan hacer y crear de manera efectiva con los otros. Necesitamos recuperar la confianza en la vida, en la persona que no solo es un ser viviente y ciudadano de un Estado, también es un ser sintiente y pensante que precisa de estímulos, motivaciones y esperanza. Un camino largo, pedregoso y enlodado se vislumbra desde las fronteras del papel en donde se escriben las leyes, acuerdos y decretos... pero así son los caminos de los montes, y a quien le gusta andarlos los recorre con dificultad, pero con gusto.

No habrá reparación efectiva hacia las comunidades rurales si no existe verdadera voluntad política y social en un sentido amplio. En el libro *Lugares de origen* (Krenak y Campos, 2022), el pensador indígena Ailton Krenak dice que “Norma jurídica no es poesía”, la poesía suena a la vida desenvuelta entre pueblos, ríos y tierras. Aun así, el autor aclara que la norma jurídica tiene un peso en las sociedades actuales, y es necesario que empiece a abogar por las comunidades que desde los tiempos de la colonia fueron injustamente atacadas en nombre de la modernidad. La diversidad es inherente a la vida, y es notorio que la forzada y perversa

alienación de la misma a través del poder económico, político y cultural imperante, ha conseguido disminuir (a costa nuestra) varios sentidos de vida que a veces ya no conseguimos reconocer.

La comida es propulsora de la vida, es impulsora del trabajo, del encuentro comunitario y la biodiversidad. También, son cosas vivas contenedoras de otros seres vivos tornadas mercancías que circulan para el consumo inmediato. Aquí, la comida entendida como alimento que nutre cuerpos humanos y no humanos, y no como producto terminado para el mercado, es pilar de la soberanía alimentaria que comunidades rurales de Colombia quieren preservar y recuperar a través de las semillas nativas o criollas y el cultivo basado en conocimientos milenarios. El *Plan Nacional de Desarrollo 2022-2026: Colombia Potencia Mundial de la Vida* (DNP, 2023) menciona cinco ejes que se relacionan de manera directa con la apuesta alimentaria de las y los campesinos: Ordenamiento del Territorio Alrededor del Agua y Justicia Ambiental, Seguridad Humana y Justicia Social, Derecho Humano a la Alimentación, Transformación Productiva, Internacionalización y Acción Climática, y Convergencia Regional.

Por otro lado, los “Lineamientos para la formulación de los Planes Departamentales de Extensión Agropecuaria PDEA” (Ministerio de Agricultura y Agencia de Desarrollo Rural, 2024) mencionan principios conceptuales que orientan la formulación de los PDEA: Enfoque territorial, Enfoque diferencial, Participación activa, Articulación con política pública, Reforma rural integral, Derecho humano a la alimentación y soberanía alimentaria, Agroecología, Transición agroecológica, Adaptación al cambio climático y Agricultura campesina, familiar y comunitaria. Todos los principios denotan acciones políticas, sociales y ecológicas que, como mencioné, deben estar sujetas a la experiencia y al conocimiento de las comunidades, a un diálogo crítico entre diferentes sectores, que evoque las problemáticas actuales en torno a la concepción y la relación que tenemos con los alimentos y la tierra.

He apelado a los discursos del Estado para explicar los intentos por resolver conflictos históricos asociados a la tierra en Colombia, conflictos que precisamente nacen del despojo, la desigualdad y la exterminación violenta o paulatina de conocimientos y saberes de los pueblos, tal como ocurrió a partir del siglo XV en América del Sur. He señalado que esta violencia no solo se ejerce en contra de los seres humanos, también se encuentran violentadas las fuerzas de la tierra, su vitalidad está en juego porque el proyecto del Estado moderno a escala global la ha deteriorado con sustancias químicas, desmonte y homogenización de mentes que pasan a relacionarse con ella de manera productivista.

La agroecología es una de las distintas respuestas a los profundos daños ecológicos generados en mayor o menor medida, como productores o consumidores. Este modelo productivo va de la mano de los saberes de los pueblos y también adopta nuevas estrategias de siembra y fertilización de la tierra a través de aliados académicos. Se ha consolidado como ciencia, práctica y movimiento social que integra aspectos productivos, socioculturales y políticos (Rosset y Altieri, 2018, como se citó en Ministerio de Agricultura y Agencia de Desarrollo Rural, 2024, p. 17).

Siguiendo el argumento sobre la centralidad de los alimentos, su capacidad de cohesión social y comunitaria, su historia, su diversidad y las estrategias estatales para subvertir los daños estructurales causados por sus propias instituciones, quiero resaltar que, hablar de las acciones y contradicciones del Estado en alianza con empresas privadas nacionales y extranjeras, ayuda a comprender que no son las comunidades quienes adoptan de manera directa el modelo de desarrollo en el ámbito agrario, más bien, las políticas económicas regionales en alianza con las instituciones ya mencionadas son aquellas que inducen en ellos estas formas de producción. Bombardi (2023) habla de una monopolización de los territorios, en donde el capital público y privado se apropia de las ganancias obtenidas en la agricultura a costa de la oferta y demanda de insumos y la comercialización nacional e internacional sin participar de la producción agrícola en un sentido amplio, o como yo lo veo, desde el trabajo material. Pocas veces los agentes externos al campo se ensucian las manos con tierra, a lo que se dedican —o nos dedicamos, ya que la antropología no se queda por fuera de esa institucionalidad— es a proponer y a veces establecer normas, ideas, acciones o proyectos con parámetros fijos (e idealizados).

Las ciencias agropecuarias y las ciencias económicas son ejemplo de lo anterior. El proyecto colonizador y moderno, desde sus diferentes agentes e instituciones, ha violado el conocimiento de las comunidades campesinas, indígenas, afrodescendientes, negras, raizales y palenqueras. El trabajo entendido como forma de vida, sustento, conocimiento y saber colectivo fue extraído y explotado como recurso, esto quiere decir que el conocimiento de la gente se ha utilizado tanto como el agua, la tierra, los minerales, los animales que hacen parte de la producción ganadera extensiva y otros elementos vivos y dinámicos que han beneficiado al mercado. El conocimiento milenario sobre la agricultura basada en las fases lunares, la rotación de cultivos y las siembras de diferentes alimentos que cooperan mutuamente para su propio crecimiento, no le sirve al modelo económico que, en materia de alimentación, se forjó bajo la idea de seguridad alimentaria, “entendida como la disponibilidad u oferta de

alimentos para la satisfacción de las necesidades de la población” (Franco y Tobasura, 2007, p. 10). Y *no le sirve*, porque aquellos modos de producir dialogan con los múltiples ritmos de la tierra y de las plantas. Existe una serie de paisajes fragmentarios y temporalidades múltiples (Tsing, 2021) que van a un ritmo distinto al del humano moderno promedio. En la mente colonial no cabe la idea de que estos otros mundos sean importantes, solo puede existir una idea de avance y progreso. ¿Cuál es el límite? Pienso que está más que borroso para la mayoría de seres que día a día habitamos las calles y nos desconcertamos con la aniquilación de seres, guerras, desastres climáticos, pobreza y precarización de la vida. El colonialismo aniquiló incontables saberes contenidos en el trabajo de la tierra, porque bajo su mirada el trabajo no es conocimiento, es recurso humano.

Karen Shiratori (2022) argumenta que una descolonización efectiva está atravesada por la unión de las agendas anticoloniales y ambientales. Estas luchas no pueden ir separadas si lo que se busca es una ruptura de la jerarquización del poder y el cuestionamiento de los regímenes de verdad que camuflan otras formas de concebir y habitar el mundo. No se puede pensar en la decolonialidad o en el contrcolonialismo (Bispo, 2023) sin pensar en la agencia de seres vivos diversos y sectores sociales históricamente discriminados y excluidos, que son a su vez quienes más protegen la vida en sus distintas expresiones.

Las comunidades rurales de Gualmatán aplican el veneno que *tienen* que aplicar para combatir *las plagas* cada vez más fuertes, pero también cuidan el monte, prestan atención a los efectos de la luna, se curan con plantas, intercambian semillas que eventualmente generan mayor autonomía en el trabajo y el conocimiento del corregimiento, y construyen su territorio en minga. Con todas estas realidades juntas (poderosas y eficaces) es posible plantear que el movimiento socioambiental —académico o activista— no debería ser una apuesta abanderada por los sectores más privilegiados, desde donde se reconoce “la realidad” de formas abstractas y cómodas. Es momento de encontrarnos con la gente que pisa y trabaja el suelo, ensuciarnos las manos en el trabajo material (Suárez, 2021), aprender, acompañar y buscar que las mismas comunidades dirijan las acciones que defienden la pluralidad de la vida sin que su seguridad se vea en riesgo, con las garantías y protección de diferentes sectores sociales, y, sin duda, de los seres del monte que impregnan su fuerza en la formación del mundo.

Hernia y punta morada

Según el *Diccionario de la lengua española*, una “plaga” es la “Aparición masiva y repentina de seres vivos de la misma especie que causan graves daños a poblaciones animales o vegetales” (RAE, 2024). Por su parte, las comunidades rurales que cultivan alimentos están familiarizadas con el concepto: lo usan cuando detectan enfermedades que atacan las semillas y plántulas sembradas en sus lotes, enfermedades que son causadas, claro, por diferentes seres que toman su lugar para alimentarse y reproducirse. ¿Por qué estos insectos y pequeños microorganismos pasaron a ser tan perjudiciales para los seres humanos? Y ¿desde qué perspectiva son perjudiciales? Planteo estas preguntas a la luz de las diferentes ontologías, o como plantea Ana Tsing (2021), espacialidades y temporalidades múltiples que se pueden entrever con especial agudeza dentro del mundo que habitamos.

Los diminutos seres que consumen los cultivos se han vuelto impredecibles, incontrolables y perjudiciales: se han tornado plagas en razón de la acción humana. De ahí que la definición presentada al inicio de este apartado tenga que ser cuestionada, pues la “aparición masiva y repentina” en realidad no es tan repentina, es un proceso continuo en donde varios agentes, principalmente humanos, tienen lugar y algún tipo de responsabilidad.

No en vano la actual era geológica es llamada Antropoceno. A través de múltiples invenciones científicas y tecnológicas, el ser humano consiguió sobreponerse y colapsar “muchos cuerpos, paisajes, atmósferas y modos de vida, marcando las estructuras geofísicas locales y globales”⁵ (Mota et al., 2021, p. 99). Aquí resalto que la crítica al concepto *Antropoceno* —en consonancia con los argumentos de este artículo— alude al hecho de que las responsabilidades humanas por la devastación ambiental son de diferentes niveles. Además, no todas las posibles soluciones, pueden quedar en las manos de un grupo homogéneo de personas. El Antropoceno es una era configurada por agentes específicos que han deteriorado vidas a gran escala: instituciones e industrias públicas y privadas, grupos sociales de élite con alto capital económico, el “hombre” moderno que para Tsing (2019, como se citó en Mota et al., 2021) es un tipo particular de humano inventado en el iluminismo. Bajo esta perspectiva, las causas que dan nombre a este fenómeno son acciones específicas que han deteriorado diversas ecologías compuestas por humanos y no humanos. El Antropoceno:

.....
⁵ La traducción es mía.

Moviliza una racionalidad técnico-científica que no considera cuestiones raciales y sociales; (...) La fuerza del concepto posee una cualidad problemática, por suponer que la crisis ecológica puede ser traducida de maneras semejantes en todos los lugares, una suposición de universalidad, a pesar de la variabilidad de la percepción de los fenómenos.⁶ (Shiratori, 2022, p. 119)

De ahí la idea de juntar propósitos ambientales, decoloniales y populares. Las posibles alternativas al Antropoceno no solo pueden quedar en manos de las grandes corporaciones y “grandes hombres”, es preciso que se gesten reparaciones a comunidades campesinas, indígenas, negras, raizales y palenqueras que, en Colombia, han sufrido el peso de la guerra, el despojo de la tierra y el conocimiento propio. La contracolonialidad, para citar a Bispo (2023), no puede ser activada o efectivada sin el pensamiento de los pueblos, sin un cese al extractivismo voraz, sin estrategias eficaces que junten colectividad e instituciones, pero, sobre todo, sin el abandono de la idea según la cual somos los seres más importantes de la tierra, seres iluminados que traen salvación a través del desarrollo. Creo que no exagero al describir a este prototipo de sociedad, y creo también, que como académica, sin quererlo o sin ser muy consciente, me he acercado a ese esquema de vida. Las “cosmologías del capitalismo” (Sahlins, 1988) pueden impregnarse de manera amable o violenta en la persona de a pie: la estudiante, el campesino, la indígena, el obrero, usted.

Un ejemplo cercano a esta idea puede ser la ya mencionada Revolución Verde, una revolución tecnocientífica (Molina, 2021) que consiguió potenciar la producción de alimentos en todo el mundo a través de la industria química. Después de la Segunda Guerra Mundial, cerca de los años 60, la agroindustria se extendió hasta el Sur Global: territorios de múltiples espacios y tiempos recibieron la semilla estándar o transgénica y los numerosos agrotóxicos para la fertilización de plantas y semillas, así como para el control de “plagas”.

A lo largo de las décadas, la implementación de controladores químicos ha afectado a los controladores naturales que mantienen un mayor equilibrio ecológico. Cada espécimen cumple una función en la cadena alimenticia, y los agrotóxicos (en forma de herbicida, pesticida, fungicida o insecticida) eliminan especies que pueden ser depredadoras de otras especies que a su vez, consumen las plantas. Así, las plagas también podrían entenderse —más que definirse— como la proliferación de seres

⁶ La traducción es mía.

en función de un quiebre intencional o no intencional de los ciclos biológicos de los cuales diversos seres hacemos parte.

En el corregimiento de Gualmatán, la alta producción de hortalizas y papa aumentó el riesgo de contagio de hernia y punta morada, respectivamente. La hernia afecta a la familia de las Cruciferae, esta comprende algunas especies vegetales como el repollo, la coliflor, el brócoli, las coles, el rábano y el nabo. En la Plaza de Mercado El Potrerillo, la zona de Gualmatán se tiñe de verdes alimentos distribuidos en los puestos y costales. En ese espacio puede notarse la cantidad de hortalizas que las familias producen con fines comerciales. Las mismas familias son susceptibles a la pérdida parcial o total de los alimentos destinados a la comercialización a causa de la aparición de la hernia en los cultivos.

La hernia es causada por el hongo *Plasmodiophora brassicae* Wor., un parásito obligado que crece y se multiplica dentro de las células de la raíz, ocasionando un engrosamiento anormal del tejido donde se establece. Las esporas de este hongo habitan el suelo y las plantas crucíferas son el ambiente más propicio para reproducirse y albergarse. Forero (2001) argumenta que tras la descomposición de las raíces afectadas se liberan las esporas que vuelven a cumplir su ciclo encontrando las condiciones ambientales favorables a través de la planta. Esta modalidad de reproducción hace que la enfermedad se propague fácilmente a través de aguas, botas de trabajo que pisen el suelo infectado, herramientas de trabajo y tractores.

La primera vez que conocí los efectos de este hongo estaba en el lote de una de mis maestras de campo en Gualmatán. Después de sembrar algunas plántulas en un terreno cercano, me llevó al lugar donde había sembrado unos repollos que ya no eran útiles ni para consumo humano ni para abono. Eran repollos habitados por otros pequeños seres que quitaban dominio al agricultor y al consumidor, sus raíces estaban completamente invadidas por el hongo de la hernia. Actualmente, los agrónomos que visitan el territorio y reconocen la enfermedad, recomiendan la rotación de cultivos (no solo la siembra de crucíferas), el uso de abonos orgánicos y la aplicación de cal agrícola y cal líquida para intentar frenar la expansión de la misma, pues no se conoce una “cura” para la hernia de las crucíferas.

Mi maestra mencionaba que se arrepentía de sembrar repollo y que hubiese sido mejor sembrar papa. Sin embargo, veremos que la papa también acarrea enfermedades con resistencia a los agrotóxicos. La variedad de papas nativas resguardadas por numerosas comunidades campesinas e indígenas alrededor del mundo se han perdido de

manera paulatina con el establecimiento de variedades específicas para el comercio (en Nariño la papa parda, pastusa, capira, entre otras). Hoy en día, la mayoría de variedades sembradas en Nariño dependen de los químicos industriales que permiten un crecimiento óptimo, pero también desmedido. Desde el momento de siembra, se realizan entre 10 y 12 fumigaciones durante seis meses hasta la cosecha, casi dos fumigaciones por mes. Una constante demanda de este tubérculo en el departamento y en todo el país, incentiva una mayor producción que implica la ampliación de la frontera agrícola y, con ello, la afectación de distintos ecosistemas. Además de ocupar cada vez más espacios para la siembra de papa, se deterioran los suelos por la aplicación constante de químicos que permiten un crecimiento homogéneo y no necesariamente alimenticio. Natalia Ortiz (2016) argumenta que:

Los abonos y pesticidas químicos también engrosan las papas, rindiendo su producción. Sin embargo, la fuerza que ellos les imprimen las hacen crecer de forma desmedida, a veces demasiado grandes, pero güeras (huecas) por dentro. Muy distinta es la fuerza del monte, que concentra en ellas sustancia y alimento. (p. 63)

La pérdida de fuerza en nuestros cuerpos es también la pérdida de la fuerza en la tierra y los alimentos. Hay que comprender que el agronegocio perpetúa la eliminación de ciclos ecológicos específicos, un ejemplo claro es el desmonte de zonas de páramo para ampliar los terrenos de cultivo en donde se inyectan semillas genéticamente modificadas y susceptibles a diferentes bacterias, hongos y animales llamados plagas: babosas, cusos, palomilla, cochinilla o el viringo, seres dotados de nombres coloquiales, reconocidos entre buena parte de los agricultores del campo nariñense. Mi maestra, por ejemplo, “me decía risueña que aprendió algunos de esos nombres por su papá, en medio del trabajo del arado y la siembra” (Usamá, 2024, p. 85).

A través de su página web, el Ministerio de Agricultura y Ganadería del Ecuador (2018) explica que la punta morada es una enfermedad que se transmite por medio del insecto de la familia de los psílidos de origen norteamericano. Este emigró desde México, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Ecuador hasta el sur de Colombia. Betancourth et al. (2020) argumentan que durante 2015, las provincias del Carchi y Pichincha (Ecuador) fueron alertadas por la presencia de la enfermedad. En 2017, se identifica al agente causal, el “*Candidatus Phytoplasma aurantifolia* [y a su insecto] vector el Psílido de la papa (*Bactericera cockerelli* Sulc) del género *Paratrioza*” (Betancourth et al. 2020, p. 14). En 2018, se encontraron adultos y ninfas⁷ del

⁷ Insectos jóvenes o crías.

insecto en el municipio de Carlosama (Nariño). Adicionalmente, Agrosavia (Corporación Colombiana de Investigación Agropecuaria) encontró el agente causal “*Candidatus Phytoplasma solani*”: “Hacia el año 2019, ya se observa difusión del disturbio en sectores vecinos a Carlosama⁸, en Nariño, tanto hacia el occidente como al oriente, con pérdidas notables en los rendimientos y calidad de tubérculos”⁹ (Betancourth et al., 2020, p. 14).

Para explicar mejor qué es la punta morada, cuáles son sus síntomas y de qué manera se está previniendo en el campo, me remitiré a información suministrada en la página web de Agrosavia. Estas fuentes también me permitirán hacer lectura de las estrategias recomendadas a los campesinos por parte de esta institución, la cual está alineada con el Gobierno regional y nacional en cuanto a la implementación de *semilla certificada* y uso de insecticidas y pesticidas que controlan las enfermedades.

Agrosavia denomina a esta plaga como “complejo de la punta morada” porque existen diferentes organismos de transmisión y propagación, por un lado, está la semilla contaminada, por otro, el insecto vector ya mencionado conocido como psílido de la papa (*Bactericera cockerelli*), que infecta a las plantas con diferentes grupos de fitoplasmas (bacterias del género *Phytoplasma* y *Liberibacter*). Se sabe que el insecto no origina las bacterias, más bien, es portador de las mismas al consumirlas a través del floema de la planta. En el momento en que el insecto pasa a alimentarse de otra planta, transmite la enfermedad. Los microorganismos que se instalan en el floema a través del insecto, generan un taponamiento que impide la llegada de los nutrientes al fruto (Agrosavia TV, 2023). Según el ICA (Instituto Colombiano Agropecuario) y Agrosavia, la punta morada de la papa altera:

(...) la capacidad fotosintética, el transporte de nutrientes y sustancias de reserva, así como provocar cambios en el crecimiento y desarrollo. Estas alteraciones pueden llegar a reducir drásticamente la producción del cultivo y causar pardeamiento interno del tubérculo, lo que ocasiona rechazo del producto en el mercado en fresco y para la industria, y como consecuencia, pérdidas económicas para los agricultores. (Delgado, 2024)

⁸ Según la noticia del 1 de diciembre de 2021, Agrosavia en alianza con el ICA (Instituto Colombiano Agropecuario), realizaron talleres con agricultores de Aldana, Córdoba, Cuaspud, Cumbal, Guachucal, Guaitarilla, Gualmatán, Iles, Imués, Ipiales, Ospina, Pasto, Potosí, Puerres, Pupiales, Samaniego, Sapuyes, Tangua, Túquerres y Yacuanquer con el fin de prevenir “la propagación de este problema sanitario” (Delgado, 2021).

⁹ La punta morada no solo se presenta en tubérculos como la papa, también está presente en las solanáceas, una familia de plantas entre las que se encuentra el tomate, la uchuva, el pepino, las berenjenas, y otros.

Estas mismas entidades indican que los síntomas visibles en las plantas de papa son el cambio de color de las hojas a tonos amarillo y morado, enrollamiento de las hojas, marchitez prematura, formación de tubérculos aéreos (fuera de la tierra), deformación de tubérculos subterráneos, disminución significativa del tamaño de los tubérculos, engrosamiento de los nudos del tallo y formación de “escoba de bruja” (abundantes y pequeñas hojas concentradas sobre el tallo), aborto floral; en algunas plantas se presenta enanismo y en otras tallos erectos y sobresalientes, muerte prematura de la planta y pardeamiento de tubérculos.

Ante la identificación de los síntomas, las estrategias de control sugeridas por Agrosavia y otras entidades del sector agrícola son, generalmente, el uso de la “semilla certificada” o de una procedencia confiable, la rotación de cultivos, una apropiada aplicación de insecticidas, uso de trampas pegajosas como plástico amarillo impregnado con aceite comestible usado y el fomento del control biológico en el lugar de la siembra. ¿De qué manera se puede fomentar el control biológico si los insecticidas matan o ahuyentan los depredadores de los insectos que consumen las plantas? Las mismas instituciones que hacen estas recomendaciones a las comunidades agricultoras, entorpecen ese control biológico a partir de la promoción del uso de insecticidas¹⁰. Ahora bien, es necesario considerar y reconocer que asegurar la cosecha de grandes cultivos a partir de controladores biológicos puede ser un paso “insustentable” para la población campesina en el contexto actual.

La agricultura basada en los modelos que he esbozado sustenta a la mayoría, sino a toda la población mundial, sea a través de los cultivos extensivos, sea a través de pequeñas comunidades rurales que han aprendido a trabajar a partir de estos estándares y con unos productos específicos. Dependemos de la producción de alimentos que han llegado a nuestro cuerpo a través de avances científicos y tecnológicos de los que no podemos simplemente escapar. Basada en Donna Haraway (2009), planteo la postura según la cual “los mundos naturales” u orgánicos y los mundos fabricados (desde la ciencia y la tecnología) son indisociables. Como vivimos hoy, las semillas y las plántulas son fabricadas a partir de biotecnologías cada vez más avanzadas, por tanto, lo que comemos es producto de una curiosidad e invención humana —dañina o no— que se ha perfeccionado en el espacio-tiempo. Haraway va a proponer encarar las realidades y “seguir con el problema” desde una conciencia

¹⁰ “Entre los insecticidas más utilizados en el país se encuentran el Clorpirifos, Metomil, Tiametoxam + Lambdacihalotrina y Abamectina simple y en mezcla con Avermectina” (Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, 2020). Todos los mencionados pueden ser utilizados para la papa, sin embargo, el Sivanto, producido por Bayer, ataca directamente el psílido de la papa *Bactericera cockerelli* (punta morada).

o “respons-habilidad” frente a las formas de vivir y morir en el mundo (Haraway 2009).

Si en este punto los técnicos y científicos han mostrado que no hay forma de erradicar la hernia o la punta morada a través de agrotóxicos o estrategias alternativas, y que su manejo depende del buen monitoreo del terreno y de la identificación de síntomas para una prevención eficaz, es necesario un reconocimiento atento hacia las plantas y sus comportamientos para modificar las formas de aplicación de abonos y otros compuestos. Aunque negar por completo el uso de semillas transgénicas y químicos en los cultivos parece ser una solución idealizada y poco probable del problema, escuchar las acciones concretas y efectivas por parte de quienes trabajan directamente la tierra parece ser el camino. Con esto, busco recordar un mundo en el que la gente que realiza el trabajo material asociado a la alimentación, se apropia de los elementos que tiene a disposición para sobrellevar “un mundo en ruinas” (Tsing, 2021).

Si una campesina y su familia tienen a disposición una bomba manual para fumigar un cultivo de papa, pero en lugar de aplicar un químico como el Manzate, aplican un preparado de ají con ajo —el cual resulta ser efectivo y menos dañino para la tierra y la salud de las personas— sin duda se está aplicando un conocimiento que no siempre viene de un agente externo, viene del lugar en donde alguien aprendió que las propiedades de estos alimentos resultaban efectivos para el control de insectos y microorganismos. De otra parte, si bien estas prácticas no van a acabar con las industrias de agrotóxicos, sí pueden sopesar el consumo de estos compuestos a partir de la transmisión de conocimientos populares y el cuestionamiento hacia el uso de elementos tratados que eventualmente se tornan más fuertes debido a la resistencia de los microorganismos que se alimentan de las plantas.

Emma Cardwell (2023) brinda luces sobre cómo, desde distintos contextos sociohistóricos, los seres humanos vivimos entre el abuso/opresión y apoyo/vida de elementos como el nitrógeno reactivo¹¹ (esencial para la creación de algunos químicos industriales) que nos proporcionan alimentos en abundancia pero también, insumos que alimentan la guerra y el cambio climático, por ejemplo. Cardwell se identifica como mujer británica, blanca, añadiré académica, que explora relaciones de parentesco

¹¹ “El nitrógeno reactivo (o Nr) es el término colectivo para una familia de compuestos nitrogenados que incluyen amoníaco (NH₃), amonio (NH₄), nitrito (NO₂) y nitrato (NO₃), óxido nítrico (NO) y óxido nítrico (N₂O), que son interrelacionados y están en constante cambio en el medio ambiente (May y Rector 2011). Una característica clave de las especies Nr es que apoyan el crecimiento; por tanto, el Nr es uno de los compuestos químicos más importantes en la agricultura” (Cardwell, 2023, p. 4).

con el nitrógeno reactivo¹². Así, habla de un “*ancestral entanglement*” o “enredo ancestral” para explicar la relación estrecha que tiene con este elemento, incluso, desde generaciones atrás. La frase, “50 por ciento de las proteínas de mi cuerpo provienen de la guerra, el imperialismo y el cambio climático” (p. 13), explica esa relación provechosa, necesaria y a la vez conflictiva que inevitablemente construimos con la química a través de la alimentación.

No podemos negar nuestra estrecha relación con los alimentos cultivados bajo la lógica del agronegocio en su amplio espectro, pero sí podemos empezar a cuestionar el aparente “orden” del mundo, aceptando que nacimos y vivimos en un caos desde donde se pueden generar alianzas para vivir de maneras más dignas y menos desiguales *con otros*. Donna Haraway (1983) argumenta que la separación entre lo orgánico y lo tecnológico es básicamente imposible y, en ese sentido, no es el regreso a un pasado sin tecnologías o industrias lo que nos va a liberar de opresiones estructurales, sino el continuo flujo de problematizaciones, fusiones, acoplamientos, irrupciones, subversiones y convivencias que permiten transformarnos de formas colaborativas y heterogéneas.

En el corregimiento de Gualmatán confluyen relaciones y colaboraciones interespecie, un enmarañado de “naturalezas, culturas, sujetos y objetos [que] no preexisten a sus configuraciones entrelazadas del mundo” (Haraway 2019, p. 36). Este enmarañado se encuentra en el constante trabajo de familias campesinas que aran la tierra para el monocultivo mientras protegen el monte que les brinda el agua, en el uso de agrotóxicos que les permite cosechas efectivas y rentables sin abandonar alternativas propias que frenan la aparición de “plagas”. Así, por ejemplo, siembran plantas medicinales alrededor de los pequeños y medianos monocultivos para atraer polinizadores e insectos que podrían evitar la entrada de otros seres que consumen las plantas de los cultivos.

Es momento, por fin, de retomar la discusión planteada en mi trabajo de grado (Usamá, 2024) sobre la lucha entre montes y monocultivos. Fue importante pensar qué tan “bélica” es la relación entre estos sistemas vivos o formas de vida. Aún con la existencia de paisajes fragmentados (Tsing, 2021) que dan cuenta de la oposición de los montes y los monocultivos

¹² “Angeliki Balayannis y Emma Garnett describen el parentesco químico como ‘un concepto, una herramienta analítica y un modo de relación. Esta noción particular de parentesco, que surgió a través del trabajo feminista y anticolonial con las sustancias químicas, implica una vacilación a la hora de hacer afirmaciones normativas sobre las sustancias químicas porque, al igual que los parientes, estos materiales nunca son enteramente buenos ni malos; pueden ser tanto habilitantes como perjudiciales’ (2020, 2)” (Cardwell, 2023, p. 2).

de Gualmatán, existe una constante relación entre los distintos seres que configuran uno u otro ambiente, en razón de que:

(...) la vida se entremezcla y nos muestra que la gente es del monte y se enmonta en los páramos, los terrenos y las chagras, y criaturas como aves, mamíferos, hongos, microorganismos y otros, se apoderan de los cultivos desconociendo los límites aparentemente impuestos. (Usamá, 2024, p. 79)

Una vez más, la anterior apuesta no se basaba en el negacionismo a las responsabilidades de un sistema político, económico, industrial y privatizado llamado capitalismo, que se ha eximido de la destrucción de paisajes biodiversos donde se entretajan múltiples relaciones interespecie. Más bien, procuraba mostrar la vida en un continuo de relaciones con fricciones enmarcadas en la negociación, relaciones más o menos equilibradas (gracias a agentes específicos humanos y no humanos) que responden a ese Antropoceno nacido en el pensar y accionar del ser humano moderno y progresista.

Haraway (2019) me ayudó a pensar que las comunidades rurales crean a partir de las grietas y heridas, pues, lejos de estar alienadas por el agronegocio, piensan estrategias para seguir viviendo, produciendo, conviviendo y compartiendo: inventan, revierten, calculan, hacen alquimias con plantas, químicos, minerales, animales, aguas y sustancias. Crean cultivos mixtos, se asesoran de los agrónomos e ingenieros para tomar alguna decisión que permita que la tierra guarde sus nutrientes, pero no siempre siguen esa lógica, pues toman un poco de la ciencia y toman un poco de lo que ya saben del terreno y sus condiciones, de su propia experiencia. Guardan semillas de tiempos lejanos, aquellas que preservan la variabilidad genética que le hace contra al monocultivo; algunas saben vivir y viajar a través de los custodios de semillas, otras mueren, y así son sus ciclos.

Nos acercamos al último apartado de este artículo, en el cual me propongo presentar una SF (sigla en inglés para ciencia ficción), o lo que Haraway (2019) también traduce como fabulación especulativa, especulación feminista o figura de cuerdas. Debo decir que este ejercicio es una experimentación que se ayuda de la antropología, la literatura y la vida; un juego narrativo de realidades percibidas en campo e invenciones de mundos posibles que intenta calar hondo, o en palabras de Taussig (1993) que intenta combatir el “terror colonial” desenmascarándolo, hurgando su presencia ruin en este territorio. También, busco expresar que una forma de ir en contra (o negociar) con ese régimen colonial químico es hablando

de las estrategias efectivas de los campesinos que ayudan a lidiar con un terror disfrazado de progresos tecnocientíficos.

Segunda parte: Hilos que tejen historias multiespecie

Cobijas tejidas con lana de oveja aún reposan en las casas de las familias que viven en el campo. Las mujeres de Gualmatán conversan sobre las labores de sus progenitoras, quienes tenían algunas ovejas que, a cambio de un aire que respirar, un lugar para dormir y un pasto que comer, entregaban sus cabellos churosos¹³ y abundantes que después de un tratamiento minucioso serían hilados en la guanga, una herramienta elaborada con palma de chonta utilizada para el tejido en los Andes. Los pesados cobertores de lana dan abrigo a sus herederos y herederas, cubren los cuerpos de quienes descansan tras una larga jornada laboral en la tierra o el mercado de la ciudad. Estos tejidos cuentan las historias de las manos, de la paciencia, del saber, del tiempo. La oveja llega a la tierra, aprende a ponerse en pie, se alimenta de las ubres de su madre y del pasto que pisa, aprende a relacionarse con el ser humano y entrega una parte de sí, sus pelajes se hacen hilos, los hilos son tocados, se transforman, cogen color, colores que las mujeres le impregnan. Las mujeres también entregan parte de sí, su trabajo en la guanga se tornaba un regalo que hasta hoy enlaza a los cuerpos y a las memorias de sus familias. Así, oveja, mujer y alimentos que consumen para vivir, dotan de poder a un objeto que me permite contar esta historia. Yo me siento un ave de paso que, en su recorrido divisa, siente y escucha las cosas que pasan en el territorio, también soy como una oveja que entrega parte de sí, comparto y me permito ser transformada, aunque a veces duela. Soy tejedora que junta hilos para narrar, conecto fibras que no pueden ser una sin la otra.

La trayectoria de los hilos me lleva hasta las madrugadas frías que se hacen sentir bruscamente una vez que la cobija que arropa es alejada del cuerpo de la campesina que madruga a trabajar en el arado, el cultivo o la cosecha. Campesina que se acuerda de la abuela que tejía las cobijas que la protegían del chiflón, ese que entraba por las rendijas de las ventanas o por algunas fisuras en el techo, un viento que una madrugada cualquiera le toca la cabeza, las rodillas, el pecho. Hoy ya no hay ovejas en Gualmatán, dejaron de prestar servicio cuando la gente dejó de tejer en la guanga. Las reemplazan algunas vacas con sus terneros desteñados, que tristes observan a sus madres distantes durante el día entero. Las vacas permanecen en lotes de abundante hierba, aunque en tiempos de sequía la situación es difícil para ellas. Recuerdo que algunas me

.....
¹³ Crespo, rizado.

mugían y resoplaban cuando recorría los caminos de las veredas. Ellas son “sentidoras”, pensaba, un poco como los perros, que también acompañan las labores de los humanos y cuando se aburren toman otros caminos para olfatear, comer, recorrer u orinar. No se dejaron domesticar del todo, la vida del campo lo impide, estos terrenos los tornan osados: curiosos se acercan al caminante, ladran, persiguen, juegan y baten la cola, también muerden con fuerza si algo no les gusta.

Además de ovejas, vacas y perros, cuyes y gallinas se crían cerca de las casas de las familias: las gallinas en su corral y los cuyes en la cuyera, ambas estructuras de las maderas de los árboles vecinos o de los almacenes madereros de la ciudad. Algunas gallinas aún transitan libremente por los pasillos, patios de las casas, lotes o carreteras, comen los residuos del alimento humano (pueden ser caníbales) y el maíz que les compran para engordarlas. Los cuyes, por el contrario, perdieron el privilegio de transitar aquellas cocinas con piso de tierra y estufa de leña de las casas campesinas andinas. Ahora los juntan en las cuyeras, un espacio donde conviven en todo el sentido: se ven nacer y morir, se juntan para abrigarse y resguardarse de la mano humana que se acerca para tomarlos, comen juntos, se reproducen y defecan el futuro abono de plantas y pastos de los cuales muy probablemente después se alimentarán. Noté que los perros no solo son fieles a los humanos, también son protectores de los cuyes, pues huelen la presencia de la raposa o del chucur que se escabulle entre las fisuras de las maderas de los corrales y las cuyeras para tomar su banquete, los sesos. Suceden estas cosas —y todo tipo de otras cosas— mientras la gente, las vacas, las aves y otros seres duermen, viven entre sueños o se desvelan.

Al amanecer, entre las dos y las cinco de la mañana, las mujeres que trabajan en la plaza de mercado de la ciudad se levantan para ir a trabajar. Hacerle frente al frío de la montaña es el primer paso. Toma unos minutos vestirse para después beber un café bien caliente y salir a buscar el carro que las lleve a Pasto. Abuelos, abuelas, padres, madres, hijas e hijos salen del pueblo, y el pueblo queda tranquilo, en un aparente silencio. Mientras tanto, las plantas se mecen con el viento, los ratones y raposas andan hábiles por rutas de diferentes escalas, los gatos se lamen con paciencia y después sus pasos ligeros se juntan a la polifonía del silencio, los árboles silban cuando la brisa lo permite y los perros rompen el silencio con ladridos dedicados a los humanos que se quedan en el pueblo para trabajar.

Cada uno de estos seres, incluyéndome, se configuran y reconfiguran a partir de las turbulencias de elementos y especies compañeras que nos rodean y constituyen. Yo creo, por ejemplo, que las aves perciben

la transformación del territorio desde las alturas. Cuando el modelo de Revolución Verde llegó a Gualmatán, distintas generaciones de pájaros tuvieron que adaptarse al cambio paulatino de la vegetación que es casa y alimento. Los colibríes del siglo XXI no llegaron a conocer las épocas de abundantes flores nacidas en los montes y en las huertas de la gente. Cuentan los mayores que hace décadas el corregimiento era conocido como “la tierra de las flores”, hace sentido entonces que fue también la tierra de los polinizadores. Creo que distintas especies, en diferentes momentos de su historia, se han visto despojadas por otras, y cambian sus caminos, sus formas de percepción y acción en el mundo. Los colibríes sobrevuelan nuevos caminos, nuevas rutas. Reconocen flores y plantas que son alimento y generan particulares estímulos en sus cuerpos. En un sueño, uno de ellos me contó que pueden sentir los humores de las plantas y que algunas de ellas están “resentidas”. En Nariño, esta palabra se usa coloquialmente para referirnos al estado anímico o físico de seres vivos y cosas. Por ejemplo, si alguien está disgustado u ofendido conmigo, puedo expresar que esa persona “está resentida”. Si una cosa, como una vasija de barro, se cae y se agrieta, se convierte en una cosa resentida, que, ante otro golpe, puede partirse en pedazos. En ese orden de ideas, si las plantas están resentidas, están dolidas, de-más-sentidas, con algún veneno que literal y figurativamente cargan. Le respondí al colibrí que los seres humanos también nos resentimos con esos venenos, principalmente quienes producen los alimentos.

Además del polen y el néctar, los colibríes consumen pequeños insectos que también reciben el impacto de los insecticidas aplicados en algunos terrenos de cultivo. Cada especie puede sentir el hastío. Las especies compañeras de las familias campesinas —perros, gatos, vacas, etc— también están conmocionadas, con sus agudos sentidos alcanzan a percibir la vida de los insectos y microorganismos que vienen recorriendo miles de kilómetros, o miles de terrenos, o miles de historias, y se vuelven cada vez más resistentes a los insecticidas que también vienen de lejos.

Un estado de terror se gesta cuando las sustancias producidas en las industrias se riegan desde los aires bajo diferentes mecanismos. Enfermedades que no alcanzamos a comprender y reconocer del todo atacan a las aves, anfibios, hongos, vegetaciones, microorganismos y mamíferos. No obstante, este panorama no es un grito de desesperación ante el terror, por el contrario, revela que la comunicación efectiva y resistente de colibríes y flores, cuyes y hierba, humanos y papas, humanos y colibríes como portadores de sabiduría o insectos y plantas medicinales, por poner algunos ejemplos, generan lazos materiales y espirituales que mantienen al territorio vivo.

Al igual que los colibríes, las personas del corregimiento sienten el resentimiento de las especies vegetales, y son conscientes de que cambiar ese estado puede llevar generaciones enteras (además de voluntad). No obstante, el tiempo y sus dificultades no impiden que este cambio se emprenda. Rituales de vida y muerte personal y colectiva generan transiciones que modifican el humor de las plantas, aves y mamíferos. Para Victor Turner (1988) las personas liminales (o gente del umbral) “no están ni en un sitio ni en otro” —en este caso, ni reproduciendo el monocultivo de maneras sistemáticas, ni cultivando plenamente, alejadas de ese modelo— y no siempre “se les puede situar en las posiciones asignadas y dispuestas por la ley, la costumbre, las convenciones y el ceremonial” (Turner, 1988, p. 102).

Bajo esta perspectiva, algunas mujeres que conocí en Gualmatán durante el año 2023, ya habían vivenciado el “espacio liminal” que implicó la transformación del trabajo, del pensamiento y del ser. Por sus conversas sentidas, parecía que entre la transición del monocultivo a los modelos de producción heterogéneos existía un “espacio de muerte”¹⁴. Lo pienso así porque en ocasiones, los procesos son disruptivos y se sufren, están llenos de incredulidad, pérdidas económicas e incertidumbre social. Imagino un panorama en el que la tierra parecía estar quieta e inerte, cuando en realidad estaba descansando. Conocí mujeres que dejaron el químico industrial para experimentar en el nuevo laboratorio del cuidado de las plantas, los animales y los crecimientos múltiples. Cuando la tierra les pidió un tiempo de reposo, ellas la escucharon.

Los cultivos basados en conocimientos campesinos andinos y sistemas agroecológicos han conseguido generar un diálogo entre humanos y otros seres que ayudan a vivir a una amplia red social en la que los consumidores de sus alimentos estamos incluidos. Aunque el “Antropoceno” muestra relaciones invasivas y egoístas con las diversas formas de vida, los distintos hilos de historia, memoria, creación y crecimiento interespecie le hacen un espacio y le proponen otro ritmo. Un ritmo en el que el tiempo no es solo humano, que enseña de ciclos, de descanso, de cuidado. Como dije, las mujeres han sido atentas escuchas de las plantas, y existe una intimidad simbiótica, en la que la sustancia de la planta, su biología y su química entra en los cuerpos para curar: la manzanilla para relajar, para el cólico, para los ojos; las plantas compañeras de la gestación, las plantas como el altamizo que se restriega en el cuerpo antes

¹⁴ El espacio de muerte es, “preeminentemente, un espacio de transformación: a través de la experiencia de acercarse a la muerte bien puede haber un más vívido sentido de la vida” (Taussig, 1993, p. 35). El autor argumenta que, así como el espacio de muerte puede generar una fragmentación o una pérdida del yo, también permite la conciencia de sí mismo gracias al encuentro de ese “sentido de la vida”.

de entrar al cementerio o en el piso de la cuyera para barrerla y, de paso, evitarles males a los cuyes. Shiratori (2019) dice que, entre los Jamamadi, pueblo indígena que habita el estado de Amazonas en Brasil, no hay una palabra para lo que conocemos como “planta”:

Se entiende aquí por “planta” no la dimensión circunscrita, fija, a un reino biológico, subsumida a la noción de Naturaleza, sino más bien la región o porción del cosmos que es altamente significativa en la composición de la persona, de la socialidad y de la humanidad, por lo tanto, irreductible a un dominio natural. (Shiratori, 2019, p. 174)¹⁵

Aunque la posibilidad de transición en el cultivo no necesariamente implica la sustitución total del monocultivo, abre espacios para nuevos diálogos interespecie, ligados a la supervivencia mutua y más diversa. Es la posibilidad de dialogar con las especies vegetales que se incorporan en nuestro cuerpo y nuestro pensamiento. La transición no es un paso lineal, son muchos pasos en espiral, de idas y vueltas, de dudas y violencias que se ocultan, de incredulidades entre los más cercanos y nuevos aprendizajes que llegan de distintos lados. La transición implica una transformación en los ciclos de la tierra y en la humanidad propia. Di Ester (2013), tomando como referencia la perspectiva sobre la escritura como experiencia de transformación de Foucault, dice que “Pensar de otro modo va a consistir en intentar nombrar ese lugar desde el que ya se está pensando para desplazarlo” (p. 203). Pensar de otro modo es salir de sí para escuchar a otros, sentir incomodidad en el proceso, quedarse en un estado de liminalidad que no siempre tiene final certero porque se es y no se es todo el tiempo, se va y se viene, se aprende y se desaprende, siempre con otros, aprendiendo a vivir bajo otras lógicas, tejiendo nuevo pensamiento y sobrellevando el caos que rodea.

La última noche que dormí en Gualmatán me acompañaron las amistades, las plantas sanadoras, la luz de una vela, un cuarzo violeta y el territorio que me enseñó lo que ahora les cuento. Todavía intento no tragar entero el veneno, me gusta cuestionarlo y confrontarlo mientras me habita en el cuerpo, también me gusta escribir lo que he visto, sentido e imaginado mientras mis piernas me llevan por el campo nariñense: gentes humanas y no humanas que le hacen mofa al agronegocio, actuando a su propio parecer y al parecer colectivo. ¡Incluso, contra todo pronóstico del “mundo real”, le siguen la corriente a la planta! Esas son, como plantea Haraway (2019), las artes de vivir con y para mundos heridos.

¹⁵ La traducción es mía.

Consideraciones finales: Para subvertir hay que con-vivir y escribir

Aunque el fenómeno del agronegocio puede abordarse desde distintas perspectivas (industria, ciencia, tecnología, economías y otras) decidí introducir el concepto de *colonialismo químico* para rastrear las raíces de un problema que involucra a la población mundial de maneras desiguales y nocivas. En este texto fue imprescindible reconocer cuán involucrados están nuestros organismos y sistemas alimentarios en la reproducción de este modelo a gran escala. Al reconocer el “veneno” que nos habita, no pretendí generar argumentos acusatorios o conspirativos en un sentido estricto. La confrontación es más necesaria que la acusación, y fue imprescindible para cuestionar los regímenes de verdad que nos inyectan en aras del desarrollo. La conspiración fue reemplazada por la especulación y la imaginación, pues pensar los mundos que ya están siendo y los mundos posibles requiere de una apertura al diálogo (articulado o no) con las especies que como nosotros, construyen mundos, afectan mundos y, por tanto, los transforman y nos transforman.

No habría podido desarrollar el concepto *colonialismo químico* de Bombardi (2023) sin la chispa que Michael Taussig (1993) aviva entre cada párrafo de su obra *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje*, pues, a mi parecer, a partir de las discusiones sobre las realidades vividas en las selvas del Putumayo durante la bonanza cauchera, se puede pensar en un terror cínico que el proyecto colonial sigue perpetuando de maneras profundas y a veces imperceptibles. “La realidad” colonial está en jaque cuando nos cuestionamos ¿cuál es la verdad que nos quieren hacer tragar?, y, ¿cuáles son esas realidades existentes que parecen una ficción? La violencia colonial es tan brutal que a veces parece un cuento, una invención cargada de morbo, de “exageración”. De otra parte, Saer (2009) me lleva a otro punto importante: la verdad no siempre es contraria de la ficción:

No se escriben ficciones para esquivarse, por inmadurez o irresponsabilidad, de los rigores que el tratamiento de “verdad” exige, sino precisamente para poner en evidencia la naturaleza compleja de la situación, una naturaleza compleja cuyo tratamiento limitado a lo verificable implica una reducción abusiva y un empobrecimiento. (p. 2)¹⁶

Por lo tanto, pensar las “ficciones de lo real” nos invita a explorar las múltiples posibilidades que la tierra y sus seres configuran activa o pasivamente, en un diálogo constante, en una compleja *figura de cuerdas*. Para Taussig (1993), los mitos creados por los blancos y mestizos dueños

¹⁶ La traducción es mía.

de la industria cauchera sobre los indios, jugaron un papel crucial para la justificación de la violencia colonial, “el indio, el africano y el blanco dieron luz al nuevo mundo” (p. 33) desde un terror fisiológico y social instaurado de manera eficaz. Pero los indios movilizaron y maleabilizaron el terror a través de la cura, subvirtieron la violencia (y aún lo hacen) “no a través de una catarsis celestial, pero haciendo que el poder quede enredado en su propio desorden”¹⁷ (p. 15).

Taussig me invitó a pensar que la ficción no es una invención dislocada, es parte de los tejidos de la vida que nos constituyen y a veces se hacen difíciles de ver. Este artículo intenta ser el reflejo de esos conflictos latentes que parecen tan imperceptibles y ficcionales como la existencia de un *colonialismo químico*. Pienso que la creación de esta categoría intenta enmarcar fenómenos que se expresan de maneras tangibles: en los componentes y agrotóxicos producidos en países del Atlántico Norte que llegan a Colombia para el consumo directo. En síntesis, el *colonialismo químico* amarra acciones de industrias y grandes poderes políticos y económicos que, a través de instituciones estatales, por ejemplo, reproducen un modelo de consumo, de trabajo y de relación con las especies compañeras. Como mostré, Gualmatán es solo uno de los lugares donde las y los campesinos conviven con la expansión del monocultivo y el uso de químicos industriales.

De otro lado, la creación de una fabulación apunta a las heridas de varias especies afectadas por el modelo de agricultura actual. También, intenté mostrar relaciones y acciones múltiples que configuran el mundo campesino, es decir, la seguridad de que existen muchas formas de vivir en una realidad aparentemente alienada. Pienso que la escritura es una forma de empezar a hacer preguntas, tejer historias entrelazadas, proponer mundos posibles, así como Ailton Krenak (2019) lo hizo con su libro *Ideas para posponer el fin del mundo*. Si desde las ciencias tenemos la capacidad —diría también, el aval— de configurar mundos, ¿por qué no empezar rompiendo las violencias estructurales desde la escucha y la creación conjunta? Escucha de pueblos, aves, mamíferos, hongos, microorganismos, árboles, alimentos, cantos, instrumentos, modos de acción. Romper con el régimen de autoridad de la ciencia no es cosa fácil, pues, además de escuchar, es preciso prestar total atención a los seres que vienen a enseñar. Donna Haraway (2019) nos tienta a componer proyectos colectivos “no solo en la imaginación, sino también en la escritura real de relatos. Sobre y bajo tierra” (p. 209), añadiré a esta propuesta “con la tierra”, “con la gente”, pues no es posible imaginar, especular y reflejar

¹⁷ La traducción es mía.

mundos sin la difícil y obligatoria tarea de dejarse atravesar por ellos. Renato Sztutman (2022) propone que para responder al Antropoceno es necesaria la imaginación, la cual comprende como:

La capacidad de crear o fabular a partir de situaciones vividas. No tomo la imaginación como sinónimo de fantasía, como imaginario que se opone a lo real. Por especulación comprendo la posibilidad de levantar posibilidades, numerar mundos posibles. Se trata de una operación comprometida en pensar lo que las cosas podrían ser, partiendo siempre de un “y si...”. No tomo especulación como un raciocinio totalmente abstracto y que pierde la noción de los hechos, pero sí como un raciocinio que se pregunta sobre lo que se puede tornar real.¹⁸ (p. 131)

Como antropóloga, mi capacidad de agencia no solo puede estar atada a la explicación de fenómenos sociales o “realidades sociales” observadas desde afuera y posteriormente plasmadas desde una perspectiva “novedosa” o cuasi literaria. Llegar a escribir “ficciones de la realidad” implica que mi posicionamiento en el mundo también se transformó, y que, por tanto, me interesa hacer espacio a otras formas de vida y modos de acción desatados. El trabajo de campo colaborativo y solidario propuesto por Luis Guillermo Vasco (2010) resulta crucial para este tipo de apuestas, pues pensar y trabajar con otros es un proceso de transformación y creación de esos mundos que ya están siendo y que pueden ser. Para Michael Taussig —en una entrevista concedida a Montesinos y González (2017)—:

(...) la finalidad del trabajo de campo es hacer textos que, en sí mismos, como formas de escritura, combatan. No son únicamente información o datos, el mismo texto tiene que contener en sí otra visión. Otra, pongamos, cosmovisión. Y, si no tiene eso, es un fallo. (p. 143)

Con este texto mostré cómo los procesos productivos de la tierra contienen y enfrentan contradicciones hechas sustancias, venenos, pequeños y grandes seres vivos. También fue importante desafiar las relaciones aparentemente fijas entre el modelo de agricultura actual y las personas que lo practican, indicando que las acciones de las comunidades y más específicamente de las mujeres que se atrevieron a alterar su relación con la tierra, también son eficaces, experimentales y variables. Así mismo, a través de un ejercicio de fabulación especulativa, manifiesto esas relaciones que crean mundos a veces insospechados y mi propia relación con Gualmatán y los seres que lo habitan, pues, a lo largo de mi trabajo de campo, hice amigas y amigos que me siguen enseñando a vivir

¹⁸ La traducción es mía.

en un mundo convulsionado y con múltiples proyectos multiespecie para comprender y componer.

Expresiones de gratitud

Gratitud al territorio de Gualmatán, que dejó narrarse y recorrerse a través de los caminos veredales en donde encontré gusto por la vida, preguntas, inquietudes, aprendizajes, ideas, interacciones y seres humanos que considero maestros y amigos. Gracias a las mujeres de Gualmatán por la sabiduría transmitida, por inspirar mis elaboraciones académicas y vitales, por avivar y sostener a sus familias y a su comunidad humana y no humana. Gracias a las amigas y amigos del corregimiento que acompañan a pensar y crear mundos posibles. Gracias a los seres no humanos que sostienen, aguantan, se renuevan, se acomodan y orientan el curso de la vida. También le agradezco a la Dre. Ana Leticia Fiori, quien ofreció excelentes contribuciones a este trabajo desde el curso “Antropología de la estética: ficciones y fabulaciones especulativas”. Finalmente, agradezco los ánimos y expresiones de aliento de las personas que acompañaron la escritura del texto y posteriormente lo leyeron.

Referencias

- Alcaldía Municipal de Gualmatán - Nariño. (10 de agosto de 2018). Nuestro municipio. <http://www.gualmatan-narino.gov.co/municipio/nuestro-municipio>
- Agrosavia TV. (2023). Hablando de punta morada - primera parte. *El Parche del Agro*. Agrosavia TV. <https://www.youtube.com/watch?v=s5quJsMuYQ&list=PLKwR5W8Pf7Jb8J7Shnni3XNpsmyYNKqQk&index=3>
- Betancourth, C., Sañudo, B., Flórez, C., Castro, B., Arteaga, F., Lagos, L. y Salazar, C. (2020). *Vulneración del cultivo de papa ante problemas sanitarios emergentes en Nariño* (1a ed.). Editorial Universidad de Nariño.
- Bispo dos Santos, A. (2023). *A terra dá, a terra quer*. Ubu Editora.
- Bombardi, L. (2023). *Agrotóxicos e colonialismo químico*. Editorial Elefante.
- Cardwell, E. (2023). Moral Economies of Life and Death: Agricultural Improvement, Imperialism, and Chemical Kinships with Reactive Nitrogen. *Catalyst: Feminism, Theory, Technoscience*, 9(1), 1-22.
- Colombia, Congreso de Colombia. (5 de julio de 2023). Acto legislativo 01 de 2023. Por medio del cual se reconoce al Campesinado como sujeto de Especial Protección Constitucional. *Diario Oficial* n.º 52.447.
- Constitución Política de Colombia. (2015). Art. 64. Edición especial preparada por la Corte Constitucional.

- Delgado, A. (1 de diciembre de 2021). Ciencia y tecnología agropecuaria para combatir y prevenir el complejo Punta Morada de la Papa. *Agrosavia*. <https://www.agrosavia.co/noticias/ciencia-y-tecnolog%C3%ADa-agropecuaria-para-combatir-y-prevenir-el-complejo-punta-morada-de-la-papa>
- Delgado, A. (28 de febrero de 2024). Se fortalece la red ciudadana de monitoreo de punta morada en Nariño. *Agrosavia*. <https://www.agrosavia.co/noticias/se-fortalece-la-red-ciudadana-de-monitoreo-de-punta-morada-en-nari%C3%B1o>
- Departamento Nacional de Planeación (DNP). (2023). *Plan Nacional de Desarrollo 2022-2026: Colombia, Potencia Mundial de la Vida*. Imprenta Nacional de Colombia.
- Di Ester, J. (2013). Foucault: la escritura como experiencia de transformación. *Lo Sguardo - Rivista di Filosofia*, (11), 199- 211.
- Forero de La-Rotta, M. (2001). Hernia de las crucíferas. Corporación colombiana de investigación agropecuaria – Agrosavia.
- Franco, S. y Tobasura, I. (2007). Familia, soberanía alimentaria y medio ambiente. Un caso de estudio. *Revista Luna Azul*, 25, 8-21.
- Haraway, D. (1983). *Manifiesto Ciborg*. <https://archive.org/details/manifiesto-ciborg/page/n7/mode/2up>
- Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Edición Consonni.
- Haraway, D., Kunzru, H. y Tadeu, T. (2009). *Antropologia do ciborgue: as vertigens do pós-humano* (2. ed.; T. Tadeu, Org. e Trad.). Autêntica Editora.
- Krenak, A. (2019). *Ideias para adiar o fim do mundo* (1ra ed.). Companhia das Letras.
- Krenak, A. y Campos, Y. (2022). *Lugares de origem*. Editora Jandaíra.
- Maigual, A. F. (2017). *Gualmatán. Tierra de las Flores y los Maigual*. Alcaldía de Pasto.
- Meneses, L. M. (2022). Consumo e impactos de los agrotóxicos en Colombia: comunidades envenenadas. *Saúde Debate*, 46(spe2), 75-88.
- Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural. (2020). Boletín de precios de insumos agropecuarios No. 2. Política de precios - Resolución 071 de 2020.
- Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural y Agencia de Desarrollo Rural. (2024). Lineamientos para la formulación de los Planes Departamentales de Extensión Agropecuaria PDEA. Bogotá, Colombia.
- Ministerio de Agricultura y Ganadería de Ecuador. (30 de noviembre de 2018). Capacitación práctica en campo sobre el manejo integrado de la punta morada de la papa. <https://www.agricultura.gob.ec/capacitacion-practica-en-campo-sobre-el-manejo-integrado-de-la-punta-morada-de-la-papa/>
- Molina, J. (2021). La revolución verde como revolución tecnocientífica: Artificialización de las prácticas agrícolas y sus implicaciones. *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia*, 21(42), 175-204.
- Montesinos, L. y González, O. (2017). Michael Taussig: el arte de narrar y el poder transformador de la escritura. *Ankulegi*, 21, 135-147.
- Mota, T., Losekann, C., Buti, R., Branco, P., Seeger, N. y Kern, D. (2021). Vidas Precárias em Águas Turvas: antropologia colaborativa nas ruínas do Antropoceno. *ILHA*, 23(1), 97-126.

- Ortiz, N. (2016). *¡Que alcance para todos! Comida y fuerza en los Andes (pueblo de los pastos)* (tesis de magíster). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.
- Real Academia Española (RAE). (2024). Plaga. <https://www.rae.es>
- Saer, J. (2009). O conceito de ficção. SOPRO 15. Panfleto político cultural.
- Sahlins, M. (1988). Cosmologías del Capitalismo: el sector trans-pacífico del “sistema mundial”. Conferencia presentada a la XVI Reunión Brasileña de Antropología.
- Semilla Sur. (2023). Pasto: El camino real, recuerdos e imaginarios del viejo camino. *Qhapaq Ñan, un Camino Ancestral*. https://www.youtube.com/watch?v=SXGRP46t6uU&ab_channel=QhapaqÑan%2CunCaminoAncestral
- Servicio Geológico Colombiano. (2024). Generalidades Volcán Galeras. SGC. <https://www2.sgc.gov.co/sgc/volcanes/VolcanGaleras/Paginas/generalidades-volcan-galeras.aspx>
- Shiratori, K. (2019). O olhar envenenado: a perspectiva das plantas e o xamanismo vegetal jamamadi (médio Purus, am). *Mana*, 25(1), 159-188.
- Shiratori, K. (2022). No olho do furacão: plantation e contradomesticação. En S. Marras y R. Taddei (Orgs.), *O Antropoceno: sobre modos de compor mundos*.
- Shiva, V. (2002). *Monoculturas da Mente. Perspectivas da Biodiversidade e Biotecnologia*. Editora Gaia LTDA.
- Suárez, L. A. (2021). Una antropología con las manos sucias y la barriga llena. Propuesta de trabajo seguida de muchos rayes. En D. Bocarejo, M. Ferro y L. Suárez (Eds.), *La Etnografía: Problemas y soluciones* (1ra ed., pp. 77-111). Asociación Colombiana de Antropología.
- Sztutman, R. (2022). No limiar entre ciência e ficção: especulação e imaginação para responder ao Antropoceno. En S. Marras y R. Taddei (Orgs.), *O Antropoceno: sobre modos de compor mundos*.
- Taussig, M. (1993). *Xamanismo, colonialismo e o homem selvagem. Um estudo sobre o terror e a cura*. Editora Paz e Terra.
- Tsing, A. (2021). *La seta del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Editorial Capitán Swing.
- Turner, V. (1988). *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
- Usamá, J. (2024). *Sustentar en el andar. Una etnografía de la tierra, las crianzas y las mujeres rurales del corregimiento de Gualmatán* (tesis de grado). Universidad de Caldas, Manizales, Colombia.
- Vasco, L. G. (2010). Recoger los conceptos en la vida: Una metodología de investigación solidaria. Intervención en el Seminario Taller “Pensamiento Propio, Universidad y Región”, Universidad de Nariño.